

Claves de Latinoamérica



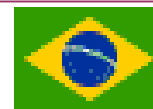
BRASIL

Nº 55

Informe de coyuntura



Abril, 2015



INTRODUCCIÓN

No hace tanto tiempo, Brasil era visto como el país del presente, un brillante miembro del bloque de los BRICs (Brasil, Rusia, India y China), los pujantes países emergentes que substituían a unos Estados Unidos agotados como la locomotora de la paralizada economía mundial. Brasil, la "niña bonita", tenía sus encantos admirados y ensalzados por los más austeros órganos de la prensa anglosajona. *Financial Times*, *The Wall Street Journal*, *BusinessWeek* no se cansaban de elogiar las proezas de Brasil y la sagacidad de su presidente, Luiz Inácio Lula da Silva, un antiguo obrero y líder sindical que, decían, al contrario de Hugo Chávez en Venezuela, Cristina Kirchner en Argentina, entendía cómo funciona el sistema del libre mercado, respetaba

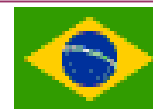
Las noticias sobre la corrupción en Petrobras, una de las mayores empresas de petróleo del mundo, continúan en la primera página de los diarios. En el escándalo están involucrados empresarios y ejecutivos de las principales constructoras, antiguos directores de Petrobras, operadores financieros y algunos de los principales políticos del país.

los contratos y recibía de brazos abiertos al capital extranjero. La revista británica *The Economist* consiguió resumir todo ese entusiasmo en una famosa portada con la estatua del Cristo Redentor, la tarjeta postal de Río de Janeiro, subiendo en el firmamento como un cohete – una alegoría del vigor de la economía brasileña.

El contraste con la situación actual no puede ser mayor. La economía de Brasil está estancada y camina para una recesión, la inflación fuera de control, el desempleo empieza a aumentar, el déficit del presupuesto es uno de los mayores del mundo, la deuda pública sube sin parar y las cuentas externas se escriben con tinta roja. Hay también una crisis por falta de energía y de agua.

Políticamente, la situación no es mejor. Los partidos aliados se rebelan contra el gobierno, cuyas leyes y decretos son rechazados en el Congreso; el Partido de los Trabajadores (PT), el de la presidenta Dilma Rousseff, le pide cuentas a ella en voz alta y hasta Lula da Silva, su mentor, no esconde el enfado.

El mal humor y el malestar de la población se han traducido en enormes manifestaciones en las calles y se han canalizado hacia la figura de la presidenta, cuya popularidad ha caído por los suelos. Según un análisis de marzo: un 77,7% no aprueba personalmente a Dilma Rousseff, un 64,8% no aprueba a su gobierno y el 59,7% pide su impedimento como presidente.



Las noticias sobre la corrupción en Petrobras, estatal, una de las mayores empresas de petróleo del mundo, continúan en la primera página de los diarios. En el escándalo están involucrados empresarios y ejecutivos de las principales constructoras, antiguos directores de Petrobras, operadores financieros y algunos de los principales políticos del país. El Ministerio Público está investigando a los presidentes de la Cámara de Diputados y del Senado y a varias decenas de congresistas.

La imagen de Brasil se ha deteriorado. *The New York Times* escribió que la voz de Brasil, que antes resonaba en el escenario mundial, se ha transformado en un susurro. Un alto funcionario de Israel dijo que Brasil era un enano diplomático. *The Economist* publicó una portada con la estatua de Cristo Redentor que, en lugar de subir como un cohete, caía de las alturas desorientada, en una espiral sin rumbo. Otra portada reciente de la revista mostraba la que sería una joven, bella y atractiva reina del Carnaval desesperada para salir de un pantano de lodo verde.

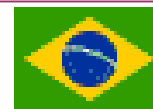
LA TRAYECTORIA DE UN PARTIDO OBRERO

¿Cómo ha bajado Brasil, metafóricamente hablando, del cielo a los infiernos – o por lo menos al purgatorio? La trayectoria del Partido de los Trabajadores, del expresidente Lula da Silva y de la actual presidenta Dilma Rousseff ayuda a entender a situación.

El PT fue formado en 1980, en los estertores de la dictadura militar, por varios de sindicatos, a los cuales se incorporaron diversos movimientos de izquierda de tendencias diversas y un grupo de intelectuales, que le dieron una confusa estructura ideológica.

El programa del partido era extremadamente radical: pedía la estatización de servicios como transporte, educación, energía; nacionalización y estatización de todas las empresas extranjeras y de todas las grandes empresas y bancos brasileños; congelación de precios. Veía la estructura política y social como una vasta máquina de represión.

El PT atrajo un gran número de seguidores ansiosos por reformas. Para las elecciones presidenciales de 1989, en las que Lula da Silva enfrentó a Fernando Collor de Mello, el PT preconizaba el control de los medios de comunicación y proponía “cambios amplios y estructurales del orden capitalista vigente”, combate al “modelo económico dependiente del imperialismo” y la “ruptura de los lazos de dependencia financiera y tecnológica con el sistema capitalista internacional”.



Afirmaba que la deuda externa de Brasil era ilegítima, impagable, fruto de las políticas económicas impuestas por el Fondo Monetario Internacional, responsables, en gran parte, de la miseria de los pueblos de Brasil y de Latinoamericanos. Proponía no pagar la deuda y convocar una reunión internacional de países deudores.

Como Lula perdió las elecciones, no se sabe de qué manera su partido haría los cambios que proponía. Pero él continuó afirmando que "Nosotros, del PT, sabemos que el mundo camina para el socialismo" y mostró simpatía y admiración hacia Fidel Castro y Hugo Chávez. El partido quería distancia de la social democracia europea.

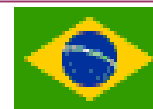
El PT era un partido aguerrido, disciplinado, con capilaridad, una amplia base de militantes y penetración popular. Tenía estrechos lazos con movimientos como el de los trabajadores sin tierra en el campo y, más recientemente, con los "sin techo" en las ciudades, que hasta hoy no dudan a recurrir a la violencia.

Lula da Silva disputó con Fernando Henrique Cardoso, del Partido Social Democrático Brasileño (PSDB), un antiguo profesor universitario, dos veces las elecciones para la presidencia de la República y perdió en las dos. Cardoso dejó como herencia un "trípode económico" que da credibilidad a la política económica del gobierno: cambio fluctuante (no fijo), metas de inflación y presupuesto ajustado.

Cuando fue candidato por la cuarta vez, ahora contra José Serra, también del PSDB, Lula empezó con un discurso radical que asustó a los inversores, dentro y fuera de Brasil, y a una gran parte de la sociedad brasileña. La cotización del dólar subió a las alturas y George Soros, el famoso hombre de finanzas, dijo que una victoria de Lula representaría el "caos".

"CARTA AL PUEBLO BRASILEÑO"

En junio de 2002, en uno de los más sorprendentes cambios de orientación de la política brasileña contemporánea, Lula divulgó la "Carta al Pueblo Brasileño". En ella, el PT se comprometía, al llegar al gobierno, a mantener el equilibrio de las cuentas públicas, a controlar la inflación, a respetar los contratos, a honrar el servicio de la deuda interna, a buscar el "crecimiento económico con estabilidad y responsabilidad social, y garantizaba que los cambios necesarios serían hechos democráticamente, dentro de los marcos institucionales". Las cuentas públicas serían colocadas en orden y mantenidas bajo control. Terminaba con un compromiso por la



producción, el empleo y la paz social. Ni una palabra sobre dejar de pagar la deuda externa.

Ni el más empeinado conservador podría oponerse a un programa semejante, que tuvo impacto extraordinario y tranquilizó a una buena parte de la clase media y de los empresarios. Es verdad que el documento, impuesto de arriba abajo, no había sido discutido internamente por el partido antes de ser divulgado. Pero ni los miembros más radicales del PT, ni los grupos de izquierda aliados del PT, como comunistas y trotskistas, se manifestaron contra él pues vieron que era el instrumento para ganar las elecciones. Si París bien valía una misa, como dijo el rey francés Enrique IV para subir al trono, aceptar el programa era una manera de llegar al poder en Brasil. El documento fue una manera extremadamente hábil de atraer a la clase media, sin la cual el PT difícilmente ganaría las elecciones.

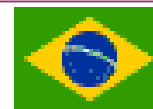
Otra sorpresa: al ocupar la presidencia, Lula da Silva cumplió a rajatabla lo que había prometido en la "Carta al Pueblo Brasileño". Colocó como ministro de Hacienda a un militante moderado del PT, Antonio Palocci Filho, médico sanitarista que había sido alcalde de Ribeirão Preto, una próspera ciudad del interior del estado de São Paulo, donde implantó medidas ortodoxas. Para la presidencia del Banco Central fue escogido Henrique Meirelles, antiguo presidente de un gran banco norte-americano, el Bank of Boston.

Los dos siguieron las líneas generales de la política económica de los últimos tiempos del gobierno anterior de Fernando Henrique Cardoso y en algunos casos exageraron en austeridad. Meirelles, por ejemplo, elevó los tipos básicos de intereses a niveles que varios economistas conservadores parecieron demasiado altos. Colocaron las cuentas públicas próximas del equilibrio, controlaron la inflación e consiguieron inspirar confianza en los inversores.

LULA, PADRE DE LOS POBRES Y MADRE DE LOS RICOS

El primer gobierno de Lula da Silva tuvo la extraordinaria fortuna de coincidir con la gran expansión de la economía de China y su apetito insaciable de materias primas como mineral de hierro y soja, de las cuales Brasil fue el principal proveedor. Los precios de esos productos primarios fueron a la estratosfera y Brasil tuvo una etapa de prosperidad como pocas veces había conocido.

El gobierno de Lula aprovechó para ampliar, en escala mucho mayor, la política social de distribución de la renta del gobierno anterior. Millones de



personas salieron de la pobreza absoluta y otros millones ascendieron a la clase media.

Brasil se transformó en un gran mercado en continua expansión que atrajo inversiones de todo el mundo principalmente para productos de consumo. Es, por ejemplo, el país con el mayor número de fabricantes de automóviles del mundo. Pocas veces se ganó tanto dinero en Brasil. Los inversores estaban satisfechos y los consumidores también. Ya nadie se acordaba de que el PT quiso, en un momento, nacionalizar bancos e industrias e expulsar al capital extranjero.

Lula, que era visto como el padre de los pobres, fue también la madre de los ricos. No le fue difícil reelegirse en 2006.

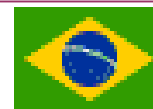
Las cosas empezaron a cambiar a partir de ese año, cuando Palocci, el ministro de Hacienda, involucrado en un escándalo, tuvo que salir y fue substituido por Guido Mantega, un economista de inclinación nacionalista.

Brasil reaccionó de manera confusa a la crisis económica mundial del 2008. En septiembre de ese año, el Banco Central aumentó los tipos de interés y sólo los redujo tres meses después, cuando la producción industrial encogía de manera alarmante. En el 2009, el Producto Interno Bruto (PIB) cayó 0,2%.

El gobierno de Lula aprovechó para ampliar, en escala mucho mayor, la política social de distribución de la renta del gobierno anterior. Millones de personas salieron de la pobreza absoluta y otros millones ascendieron a la clase media.

Fue preparado un programa para reanimar la economía que tenía como base poco estímulo a la inversión y una enorme dosis de incentivos al consumo. La producción volvió a crecer. Brasil brillaba otra vez en el firmamento. Fue en esa época de bonanza que *The Economist* puso en la portada la estatua del Cristo Redentor subiendo a los cielos. En el 2010, el PIB creció un 7,6% y en ese mismo año Lula colocó con gran facilidad en la presidencia de la República a Dilma Rousseff, la candidata que él mismo había escogido a dedo. Como pasó a decir, él era el creador y Rousseff la criatura.

Ella empezó bien, con fama de dura y honesta, después de cambiar en pocos meses a una media docena de ministros por motivos éticos.



LLEGAN LAS MALAS NOTICIAS

Pero las noticias económicas no eran buenas. Por un lado, China crecía en ritmo más lento y dejaba de comprar materias primas en las enormes cantidades de años anteriores; con menor demanda, los precios cayeron. El principal problema de Brasil, sin embargo, era interno. El ministro de Hacienda y la propia presidenta se mostraron partidarios de la intervención en gran escala del estado en la economía, del proteccionismo y de tolerancia con la inflación.

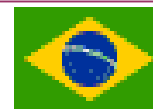
El "trípode económico" fue abandonado. El país pasó a crecer con exagerados estímulos al consumo. El Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES) ejecutó una política de formación de "campeones nacionales", financiando la creación de grandes empresas con créditos subsidiados y protegiendo a unos grupos en detrimento de otros.

La mayoría de los indicadores macroeconómicos eran deprimentes, pero tuvieron poca influencia sobre el ciudadano común, poco preocupado en saber cómo anda la balanza de pagos o la ejecución del presupuesto.

El gobierno partió del principio de que abandonar la meta de inflación de 4,5% al año favorecía el crecimiento económico. Para intentar evitar que los precios subieran excesivamente, el cambio se mantuvo artificialmente sobrevaluado, lo que incentivó las importaciones. El objetivo de alcanzar un equilibrio en las cuentas públicas fue substituido por un aumento de los gastos e hubo una gran expansión del número de funcionarios públicos, con déficits crecientes del presupuesto federal. Parecía que

algunos resquicios de la vieja ideología del Partido de los Trabajadores volvían a aparecer.

El gobierno intentaba esconder la verdadera situación de la economía por medio de maniobras en el fondo poco hábiles. Petrobras vendía la gasolina, durante años, a precios bastante inferiores a los que pagaba en el mercado internacional. El precio de los transportes públicos fue congelado y los municipios tuvieron que absorber las pérdidas. El precio de la energía eléctrica bajó por decreto ocasionando perjuicios a las compañías distribuidoras que tuvieron que ser compensadas. Las intervenciones del Banco Central en el mercado, para "corregir la volatilidad" de la cotización del cambio han llegado a 130 mil millones de dólares. El Tesoro Nacional recurrió a una contabilidad creativa para esconder la real extensión del déficit público.



La mayoría de los indicadores macroeconómicos eran deprimentes, pero tuvieron poca influencia sobre el ciudadano común, poco preocupado en saber cómo anda la balanza de pagos o la ejecución del presupuesto. Le interesa más la inflación, medida por su bolsillo cuando hace compras, y la seguridad en el empleo. Y el gobierno de Dilma Rousseff consiguió mantener buenos niveles de ocupación. Su popularidad parecía segura.

EL PT PIERDE EL CONTROL DE LA CALLE

Por eso, hubo una enorme sorpresa cuando, en junio de 2013, más de un millón de personas fueron a la calle para protestar. Fue un movimiento difuso, difícil de interpretar, pero que mostraba insatisfacción. El PT sintió que esas manifestaciones minaban sus propias raíces. Hasta entonces, controlaba los movimientos populares; en aquella ocasión el PT se dio cuenta de que había perdido "el control de la calle".

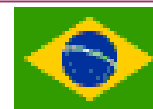
Las elecciones presidenciales de 2014 fueron enconadas. Ante la posibilidad de no reelegirse, Dilma Rousseff, recurrió a tácticas extremas y acentuó la crispación. Acusó a un candidato de la oposición de que, si ganaba, acabaría con los programas sociales. De otra candidata, de origen muy humilde, dijo que era controlada por los banqueros, que quitarían la comida del plato de los pobres. Prometió que continuaría con su política de gastos, contraria a la austeridad fiscal que atribuía a sus rivales.

La presidenta venció las elecciones por una pequeña diferencia. La herencia que heredó de ella misma era preocupante. En el 2014 el Producto Interno Bruto aumentó 0,1% en relación al año anterior, reflejando una economía estancada; la renta por habitante cayó el 0,7%; las inversiones medidas por la formación bruta de capital fijo, fueron de un 19,7% del PIB y el ahorro del 15,8%.

El déficit del presupuesto de 2014 llegó al 6,7% del PIB; en los últimos doce meses, la inflación fue de un 7,9%; la balanza en cuentas corrientes está negativa en 90 mil millones de dólares, equivalentes a 4,2% del PIB; los números del empleo han comenzado a empeorar; los tipos básicos de interés ya son del 11,75%.

DONDE DIJE DIGO, DIGO DIEGO

Rousseff decidió cambiar radicalmente el rumbo de su política económica en el nuevo gobierno que empezó en enero. Escogió para el Ministerio de Hacienda a un economista, director de un banco, Joaquim Levy, conocido por sus ideas ortodoxas y porque formó parte del equipo que



aplicó en los primeros años del gobierno de Lula da Silva una línea de austeridad en las cuentas públicas.

Para intentar colocar las cuentas fiscales en orden, Levy preparó un conjunto de medidas que incluían un pequeño recorte de gastos, aumentos de impuestos y prácticamente ninguna reforma estructural. Es una iniciativa bastante más tímida que la que fue implantada, con la participación del mismo Levy, en el comienzo del primer gobierno de Lula da Silva.

Pero el gobierno no está consiguiendo que esas medidas sean aprobadas por el Congreso, a pesar de que, en teoría, tiene la mayoría de los votos. A Dilma Rousseff le faltan la habilidad política y la capacidad de persuasión de su antecesor.

Al contrario de la tradición política brasileña de un poder ejecutivo fuerte, hoy el poder legislativo es más fuerte que el ejecutivo.

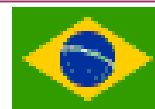
Curiosamente, es una situación en que los presidentes de la Cámara y del Senado, que tienen su nombre involucrado en el escándalo de Petrobras y culpan por ello a Rousseff, en lugar de estar en la defensiva, mantienen al gobierno acorralado. La presidenta ha tenido que cambiar a tres ministros en menos de tres meses.

UN AMBIENTE DE CRISPACIÓN

El Congreso no solo no está aprobando el tímido ajuste fiscal del gobierno sino que quiere introducir aún más gastos que los previstos en el presupuesto. Aprobó para 2015 un presupuesto con un aumento del 19% de los gastos en relación al año anterior y una estimativa de ingresos excesivamente irreales.

La opinión pública está confusa e irritada. No entiende como una presidenta que prometía más gastos, y fue reelegida por causa de eso, ha cambiado el rumbo de su gobierno. La población también está preocupada con el aumento de la inflación y enfadada con el caso de Petrobras, en el que casi todas las grandes contratistas del país, varios partidos, y en especial el PT, están implicados. En las encuestas, más de la mitad de las personas creen que la presidenta tenía conocimiento de los desvíos de dinero y un número expresivo pide su cese.

Para empeorar un cuadro ya bastante negro, en la última semana de marzo surgió otro caso de corrupción que, según la prensa, es aún de mayores dimensiones que el de Petrobras. La Policía Federal divulgó que, con 41 requisitorias de búsqueda y captura contra bancos, grandes



empresas, bufetes de abogados y oficinas de consultores, está investigando una organización sospechosa de defraudar los juicios del Consejo Administrativo de Recursos Fiscales (CARF) del Ministerio de Hacienda, el tribunal de apelación de última instancia que juzga los casos tributarios. Están involucrados varios consejeros y dos antiguos presidentes del CARF, uno de los cuales es también exsecretario de la "Receita Federal" – equivalente a la Agencia Estatal de Administración Tributaria española –, el cargo más alto de ese órgano.

A pesar de que el desvío de tributos está estimado en 19 mil millones de reales (€ 5,4 mil millones), un valor más alto que el de las comisiones pagadas en los contratos de Petrobras, es improbable que este escándalo tenga la misma repercusión. Le falta el ingrediente picante de la participación de los partidos políticos. Pero para una opinión pública cansada de casos de corrupción es un motivo más para aumentar su insatisfacción.

Para este año, el Banco Central proyecta una contracción del 0,5% del PIB – los analistas esperan una caída de, por lo menos, 1% - y una inflación del 7,9%, un número muy por encima de la meta de 4,5%. El *Financial Times* dice que los economistas esperan para este año la más profunda recesión en las últimas décadas.

Brasil continúa a la espera de buenas noticias.

Río de Janeiro, Abril 2015